

pensais en la recompensa que Dios tiene prometida á los buenos religiosos, ni en los suplicios eternos á que serán condenados los que no viven con arreglo á su estado. Si meditaseis estas grandes verdades, no os aburririais en vuestra celda.

Una gruta muy incómoda á causa del calor y de las moscas servía de morada y de ejercicio de paciencia al solitario Olimpío. Un religioso que vino á verle, le preguntó cómo podía vivir en ella. Más él le respondió: « Yo atiendo únicamente al porvenir, y sufro pequeños males que pasan, para evitar otros muy grandes y que no tendrán término. Espero que este calor contribuirá á preservarme del fuego eterno que abrasa á los condenados, y que las moscas me preservarán del gusano que incesantemente los corroe.

Habia cerca del torrente de Betasima, entre la iglesia de san Elpidio y el monasterio que se llamaba de los Extranjeros, una gruta, en que el solitario Nicolás se ejercitaba en la penitencia y en la práctica de la vida monástica, y del cual refería el abad Jordam á Juan Mosch este maravilloso acto de caridad. « En tiempo del emperador Mauricio, Namanes, jefe de una partida de sarracenos, hacía frecuentes correrías por el país, y en una de ellas, tres de estos bárbaros cogieron cautivo á un jóven de Tiro, como de unos veinte años y muy bién formado, y lo entregaron al sacrificador, para que lo ofreciese á su falsa divinidad. Nicolás les encontró en el camino, y el jóven, anegado en lágrimas, le suplicó que lo librase.

Lleno de compasión, rogó á los bárbaros que lo dejaran en libertad, proponiéndoles quedar en su lugar, tanto más cuanto que, siendo este jóven muy delicado y lleno de fatiga, no podían sacar de él utilidad alguna. También les ofreció pagar su rescate; pero todo inútilmente: pues lejos de ceder á sus ofertas, le amenazaron con quitarle la

vida. Entónces Nicolás, postrándose en tierra, rogó á Jesucristo que librase á este pobre cautivo. Apénas hecha su oración, se apoderó el demonio de los tres sarracenos, que unos á otros se mataron. Su muerte dejó en libertad al jóven tirio, que viéndose salvo de tan gran peligro, no quiso volver al siglo, sino hacerse discípulo del que habia alcanzado su libertad con sus oraciones. Vivió á su lado siete años, consagrado á las prácticas de la profesión monástica, y al cabo de este tiempo murió.

Moraban también muchos anacoretas en una montaña muy elevada, llamada Mardes, cerca del Mar Muerto. Al pié de esta montaña habia un huerto de gran extensión, que les suministraba yerbas para su sustento. Hace notar Juan Mosch que estos anacoretas no bajaban por las yerbas, sino que un asno amaestrado iba instintivamente á llamar á la puerta; el hortelano lo cargaba con las legumbres que necesitaban, y el asno las subía sin necesidad de que nadie lo guiase.

El anacoreta Sergio vivió en el desierto de Rubán despues de haber estado algún tiempo en compañía de los ermitaños del monte Sinaí. Dios le revelaba frecuentemente cosas ocultas, y de ello Juan Mosch nos ofrece dos ejemplos sensibles. El abad Gregorio, superior de un monasterio del mismo desierto, deseaba celebrar una conferencia con él, y rogó á uno de sus discípulos, llamado también Sergio y natural de Armenia, que le procurase este consuelo. Tan luego como Sergio vió á Gregorio, le saludó con gran respeto, y le lavó los pies con grande humildad. Conversaron durante todo el dia de cosas espirituales, y á la mañana siguiente se despidieron. Admirado el discípulo de la distinción con que habia recibido á su maestro, dijo á este: « Padre mio, os confieso que llama mucho mi atención la manera con que habeis recibido al abad Gregorio; pues nunca hicisteis tanto, ni

aún tratándose de obispos, sacerdotes y otras personas de consideración, que vinieron á visitarlos. — Hijo mio, le respondió, yo no conozco á ese abad Gregorio de que me hablas: sé sólo que he recibido á un personaje que lleva los distintivos de patriarca, y que tenía el santo Evangelio en sus manos. » Ésta fué una predicción de este anacoreta, que se realizó seis años más tarde: pues el abad Gregorio fué patriarca de Antioquía.

En otra ocasión se le presentó un jóven, manifestándole deseos de abrazar la vida monástica, y encargó á su discípulo que lo examinase, y lo instruyese en los deberes del estado. Este le habló á solas: le hizo presente que debía meditar mucho las obligaciones que iba á contraer, y le expuso todas las dificultades que tenía que superar: pero viendo que perseveraba en su resolución, y que deseaba verdaderamente santificarse, le presentó al santo abad, exponiendo que no encontraba obstáculo alguno para que se le admitiese á la profesión. Pero Sergio le dijo: « Ten cuidado, porque este jóven no está bautizado: llévale al monasterio de los Eunucos á fin de que reciba este sacramento. » Admirado el discípulo, llamó aparte al jóven, y le preguntó de donde era natural, á lo cual respondió, que venía del Occidente: que sus padres eran paganos, y que no sabía si estaba bautizado. En su consecuencia, le llevó al monasterio de los Eunucos, en donde se le instruyó en los misterios de la fé, se le bautizó en el Jordán, y se le vistió el hábito monástico, que recibió con marcadas muestras de gozo y gratitud.

Refiérese también del abad Sergio, que, cuando se hallaba en Sina, le encomendó el superior el cuidado de los muleros del monasterio. Un dia vió un león recostado en el camino: se espantaron los muleros, así como los hombres que le acompañaban, y todos emprendieron la huida. Pero el santo varón, tomó del saco que llevaba

un pan, y acercándose al terrible animal, le dijo: « Recibe la bendición de nuestros padres, y déjanos pasar. » Lo cual hizo sin oponer resistencia alguna.

La laura de Farán estaba también habitada por santos solitarios. Juan Mosch habla en particular de Cosme, de Pablo y de Anajanón. Cosme unía á un profundo conocimiento de la sagradas Escrituras un celo ardiente por la fé católica y una piedad eminente. Tenía costumbre de estar de pié desde el sábado en la tarde hasta la mañana del domingo, recitando el oficio, y leyendo en su celda ó en la iglesia: despues se sentaba y leía el Evangelio hasta la hora de la misa.

Ocurriósele un dia cierta dificultad sobre un pasaje de las sagradas Escrituras, y fué al monasterio de las Torres, para que se la explicase el abad Teófilo. Cuando llegó á las inmediaciones de Calamón, vio bajar de la montaña una serpiente de enorme tamaño, cual nunca se habia visto. No le quedó duda de que era el demonio que intentaba de esta manera hacerle desistir de su viaje. Pero lejos de acobardarse, siguió las huellas del animal, y llegó hasta la morada de Teófilo, quién le dió la interpretación del pasaje bíblico que deseaba saber.

El abad Basilio, sacerdote del monasterio de los Bizantinos, vivió durante diez años en la laura de Farán, y refiere de Cosme, que habiendo ido á verle para conferenciar acerca de cosas espirituales, le citó un pasaje de san Atanasio, y que á propósito de este insigne doctor, le dijo: « Cuando halleis algún tratado de este Santo, si no teneis papel, escribidlo en vuestro hábito, y no dejéis pasar la ocasión de tener una copia. Murió Cosme durante un viaje que hizo á Antioquía, y fué sepultado en el monasterio del patriarca Gregorio. Un paralítico que oraba sobre su tumba, alcanzó la curación.

Pablo vivió cincuenta años en la laura de Farán, susten-

tándose únicamente con pan que recibía de la caridad de la Iglesia. Casi nunca hablaba. Se distinguió por su sobriedad y dulzura, y sobre todo por el extraordinario espíritu de compunción, que se revelaba en las lágrimas que continuamente caían de sus ojos.

Anajanón era natural de Ancira en Galacia. Se hizo solitario en la laura de Farán, en donde practicaba una abstinencia tan rigurosa, que durante cuatro días no tomaba otro alimento que un panecillo con el peso de los que se emplean para el santo sacrificio. Muchas veces extendía su ayuno á una semana entera. En los últimos días de su vida sufrió tan agudos dolores en las entrañas, que tuvieron que llevarle á la enfermería de Jerusalem, en donde le cuidaba el mismo patriarca. El abad Conón, que era entonces superior del monasterio de san Sabas, le envió seis escudos, para se que le comprasen algunas provisiones; pero los devolvió diciendo, que no le quedaban más que dos días de vida. Así fué efectivamente. Se sepultó su cadáver en la laura de Farán.

El abad Ménas era en tiempo de Juan Mosch, superior del monasterio de Severiano. En los consejos que daba á sus religiosos, recomendaba, en particular á los jóvenes, que huyesen del comercio con el mundo, que les era muy perjudicial. Decía á todos en general que la práctica de la penitencia era absolutamente necesaria, pues los jóvenes la necesitaban para domar sus pasiones, y los ancianos debían ejercitarse en ella por el hábito que debían haber adquirido. Decía que conoció á un solitario que durante cerca de sesenta años vivió á las orillas del Mar Muerto, sin cuidarse del rigor de las estaciones y sin comer más que yerbas silvestres.

El monasterio de Jeropotamo ó de san Sergio, cerca de Belen, estaba gobernado por el piadosísimo abad Eugenio, que fué más tarde obispo de Hermópolis en Egipto. Re-

fería á Juan Mosch y á Sofronio, que un solitario, llamado Alejandro de Cilicia, despues de vivir hasta la vejez en una de las grutas inmediatas al Jordán, se retiró á su monasterio, en donde fué recibido con suma caridad. Allí cayó enfermo; y diez días ántes de su muerte permitió Dios, que fuese tentado por el demonio, que le atormentó cruelmente en su cuerpo. Pero sufrió esta aflixión con grande paciencia, y para confundir el orgullo del maligno espíritu, le echó en cara, que venía á atacarle en la enfermedad de la vejez, siendo así que no se había atrevido á hacerlo en su juventud, y cuando, sostenido por la gracia de Jesucristo, servía á Dios en el desierto.

Habia á veinte millas de Jerusalem un anacoreta, llamado Juan, que profesaba una devoción tiernísima á la Santísima Virgen, y á los santos Mártires. Para satisfacerla, tenía en su celda una imágen que representaba á esta divina Madre llevando en sus brazos al Niño Jesus. Y como su piedad le movía á hacer de tiempo en tiempo peregrinaciones, unas veces á Jerusalem para adorar la santa Cruz, y otras al monte Sinai ó á otros parajes para honrar las reliquias de los santos Mártires, ántes de emprender su viaje, encendía un cirio ante esta imágen, y le decía: Tened cuidado de este cirio, gloriosísima Señora, y haced que no se apague hasta que yo vuelva. Le pedía despues que hiciese un viaje feliz, y partía con una entera confianza en su protección. A su regreso encontraba el cirio encendido, aunque hubiese estado ausente dos ó tres meses.

Decíase de él, y esto demuestra que caminaba bajo los auspicios de la santísima Virgen, que, al pasar un día por un camino muy estrecho, salió á su encuentro un león, de modo que era preciso que uno ú otro retrocediese. El, sin embargo, no suspendió su camino; pero el animal, al verle venir, se encogió para dejarle paso libre.

Vino á visitarle un solitario, y no encontrando nada en su caverna, le dijo: ¿ Como podeis vivir aquí, padre mio, sin tener ninguna de las cosas necesarias para la vida? Hijo mio, le contestó, esta gruta es un comercio espiritual que dá de un lado, y recibe de otro.

El monasterio de Constantino estaba cerca de Jericó, y se llamaba así, porque fué edificado por un religioso de este nombre, que tuvo por sucesores á Eudoxio, á Abraham y á Sergio. Se dió también á este monasterio ó á su iglesia el título de Santa María la Nueva. Nada de particular se sabe acerca de Eudoxio y de Sergio; pero Abraham fué muy célebre. Edificó un monasterio en territorio de Jerusalem y cerca del monte de las Olivas, que se llamó monasterio de Abraham ó de los Bizantinos. Fué más tarde arzobispo de Éfeso, en cuya dignidad se distinguió por su dulzura. Fundó despues otro monasterio en Constantinopla, llamado de los Abrahamitas. Juán Mosch habla de él con motivo de una historia muy extraordinaria. Dice, que habia en el monasterio de san Teodosio dos religiosos tan estrechamente unidos, que prometieron reciprocamente no separarse, y eran tan exactos en el cumplimiento de sus deberes que edificaban á los demás religiosos. Pero uno de ellos tuvo la desgracia de relajarse, y empezando por la tibieza, llegó á haziarse de su estado, y dijo al otro que iba á volver al mundo.

Afligido éste de ver á su compañero en tan malas disposiciones, no quiso abandonarle, no para imitar su conducta, sino para ser consecuente á la promesa que le habia hecho de no separarse de él, y con intención de atraerle á su primitivo estado. Sin embargo, el primero se entregó á sus desórdenes, y por más que el otro le hacia reflexiones sobre el lastimoso estado de su alma, no las escuchaba, y le respondía que le dejase seguir sus pasiones. No se desanimó por ello el caritativo amigo; ántes por el contrario, á las

exhortaciones unía las oraciones, ayunos y lágrimas que ofrecía á Dios por su conversión.

En aquel tiempo el abad Abraham hizo construir su monasterio de los Bizantinos, en donde ambos estuvieron trabajando como simples operarios; pero el libertino iba de cuando en cuando á la ciudad para entregarse á su vida licenciosa; miéntros el otro, por el contrario, á la vez que trabajaba mucho, ayunaba rigurosamente y guardaba profundo silencio, que no interrumpía sino para cantar los salmos. Los demás obreros nunca le veian comer, por más que era muy asiduo en el trabajo, y edificados de su silencio, lo pusieron en conocimiento del abad Abraham, quién lo llamó á su celda para preguntarle cuales eran su naturaleza y profesión.

Le confesó todo lo que acabamos de exponer, y que sólamete por salvar el alma de su compañero se habia condenado á tan rudo trabajo, esperando que Dios se aplacaría con su humillación y penitencia, y le concedería la conversión de este pecador. El grande Abraham, como le califica Juán Mosch, le dijo entónces con gran espíritu de fé y de confianza en Dios: « El Señor os ha dado el alma de vuestro hermano. » Y efectivamente, no tardó en ver realizada esta promesa, pues al salir de la celda del santo abad, vió venir á su compañero, que lleno de margura y arrepentimiento, le decía en alta voz: « Hermano mio, llévame al desierto, para que se salve mi alma. » En su consecuencia, partieron ambo á encerrarse en una de las cavernas inmediatas al Jordán para emprender una vida de penitencia.

Allí, este pecador sinceramente convertido, y ofreciendo continuamente á Dios los sentimientos de un corazón contrito y humillado, se elevó desde lo profundo del abismo á que cayera, á la cumbre de la virtud, y murió al poco tiempo en el ósculo del Señor. Su caritativo compañero, despues de darle cristiana sepultura, continuó observando

una vida santa en aquella misma gruta. Algún tiempo despues vino á visitarle un anciano del monasterio de Calamón, y le preguntó cuanto creía haber ganado en la presencia de Dios por haber abrazado la vida solitaria, y practicado sus ejercicios con tanta fidelidad. Le dijo que volviese al cabo de diez dias, y que entónces le daría la respuesta. Volvió efectivamente el anciano al tiempo que se le había señalado; pero le encontró muerto, y vió que en un ladrillo habia escrito estas hermosas palabras: « Perdonadme, padre mio: para responder á la pregunta que me habeis hecho, os diré sólamente, que en mis ejercicios no he procurado otra cosa que tener mi espíritu desprendido de las cosas de la tierra, y no permitir que jamás se pegue á ellas.

El solitario Zaqueo brilló por sus virtudes en las cercanías de Jerusalem. En su tiempo fué afligida por la peste la ciudad de Cesarea en Palestina. Un ilustre personaje, llamado Procopio se hallaba muy afligido, por haber sido atacadas de la enfermedad dos de sus hijas. En semejante aflixión determinó ir á tomar consejo de este santo religioso, y habiéndole encontrado orando en un rincón de la iglesia de nuestra Señora, le manifestó la causa de su amargura. Zaqueo nada le respondió por el pronto, sino que se volvió hacia el oriente, y elevando sus ojos al cielo, oró durante dos horas, al cabo de las cuales dijo á Procopio: « No os aflijais: tened confianza en Dios: vuestras hijas no morirán de esta enfermedad, que cesará dentro de dos dias. » Así sucedió efectivamente. Dios hizo conocer al mismo tiempo, que la curación se debía á sus oraciones, pues el abad Cipriano, llamado también Cuculas, que gobernaba un monasterio situado en las inmediaciones de Cesarea, y que padecía de la enfermedad reinante, suplicó al Señor con muchos instancias que librase á la ciudad de este terrible azote, y oyó una voz del cielo que le dijo: « He concedido esta gracia á Zaqueo. »

El abad Atanasio florecía en tiempo de Juan Mosch en

el monasterio de san Sabas, y decía á sus religiosos: « Nuestros padres han vivido en la pobreza, en el desprendimiento y en la mortificación de los sentidos; miéntras que nosotros buscamos la sensualidad y los bienes de este mundo. Nuestros padres despreciaban las cosas de la tierra, y no pensaban más que en las espirituales; y nosotros no nos preocupamos más que de la cocina y del trabajo manual. » Dios le dió á conocer en una visión como serán tratados los religiosos fervorosos y los negligentes en la otra vida. Se le presentó en medio de su extasis un personaje que le invitó á seguirle, y le llevó á un lugar iluminado con brillante claridad, y desde donde se oia un considerable número de voces celestiales que alababan al Señor. Llamó á la puerta para entrar, pero se le respondió: « Los negligentes y perezosos no entran en este lugar. Id, pues, á combatir: no hagais caso de las vanidades del siglo, y entónces se os admitirá en este lugar. » Si este Atanasio es el mismo que gobernó el monasterio ó la iglesia llamada *Neas* ó la *Nueva*, debía ser superior de la nueva laura edificada por san Sabas, y no de la llamada gran laura: pues es de creer que la iglesia de *Neas* no fué otra que la de la nueva laura edificada por san Sabas. Existe una carta de san Gregorio Magno dirigida á este Atanasio, abad de Neas, en que, entre otros excelentes avisos, le dice estas hermosas palabras, que han merecido ser inscritas en el derecho canónico: « *No es por los lugares, ni por la dignidad de las profesiones y empleos, sino por los méritos de las buenas obras, por lo que se aproximan los hombres á su Criador.* »

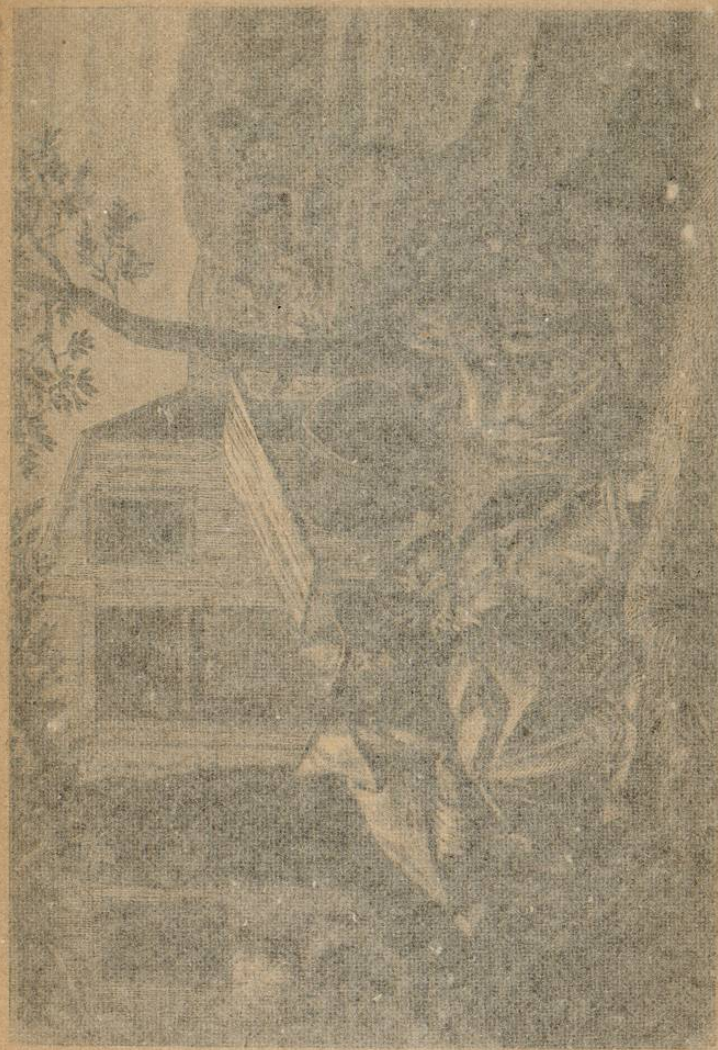
Hay además en el *Prado espiritual* de Juan Mosch otros pasajes históricos muy edificantes, y que demuestran que la observancia regular se conservaba en su tiempo en un gran número de monasterios de la Palestina, y que habia en esta provincia cenobitas y anacoretas de una grande santidad, á los que Dios favorecía con gracias extraordi-

narias. Puede aplicarse aquí lo que dice Fleury de los monasterios de Egipto, que visitó también Juan Mosch en sus viajes. « La vida monástica se conservaba entónces con el mismo fervor que en tiempo de Casiano, doscientos años ántes. »

JUAN MOSCH Y SAN SOFRONIO, SU DISCIPULO

Juan Mosch y su discípulo san Sofronio estuvieron tan estrechamente unidos, que no es posible separarlos en esta historia, y aún cuando sobrevivió más de dieciseis años, y pasó del estado monástico á la silla de Jerusalem, que gobernó hasta la ocupación de la ciudad santa por el califa Omar, les seguiremos en los viajes que emprendieron para su edificación y en los trabajos que sostuvieron por la pureza de la fé.

Hemos dicho en otro lugar que Juan Mosch fué religioso del monasterio de san Teodosio en Palestina, y que emprendió dos viajes á Egipto, el uno hacia el año 580, por orden de Gregorio, su abad, para asuntos de su monasterio, y el otro en el año 605 en compañía de Sofronio. Éste era natural de Damasco, y habia estudiado con tanto aprovechamiento las letras humanas, que se le daba el título de sofista, que entónces era muy honorífico, y expresaba una idea muy distinta de la que hoy se le dá. Su virtud le hizo más recomendable aún que su ciencia. Pero más deseoso de crecer en la piedad, que de aumentar la reputación que le habia granjeado su ciencia, pasó á la Palestina para visitar las lauras y monasterios, y aprender al lado de los solitarios la práctica de las virtudes en que se ejercitaban con



Juan Mosch y San Sofronio

Juan Mosch y San Sofronio